

los conceptos del laconismo grandioso de Juan de Herrera, sino con amables palabras que hacen concertar el segundo miembro de ese discurso de piedra, con las partes del primero, a la manera de dos estrofas cuya rima es concorde y cuyo sentido se eleva de la tentación equívoca a la liberación de lo espiritual.

En la historia de la Torre se abre ahora un paréntesis de inactividad. Un paréntesis de dos siglos. El genio de la arquitectura, se ha dormido sobre las piedras colocadas por Jerónimo Quijano. Cuando despierta, otras sollicitaciones rondan el gusto de la España abierta y hospitalaria. Son las de la irrupción francesa. Artistas franceses han trabajado en la portada, y formas de inspiración ultrapirenaica se adoptan en la edificación del Palacio Episcopal y en varios templos de Murcia. Del ejército que en la portada labró estatuas y relieves, se destacan dos maestros, a los cuales comete el Cabildo el acabamiento de la Torre: Uno, el tracista, es Juan de Gea; otro, el ejecutor, José López. Ambos saben ya redondear las aristas y suavizar la aspereza de los ángulos con los elementos decorativos importados de la Corte de Luis XV. Diríase que ponen en su trabajo el empeño de utilizarlo como una labor de orfebrería.

Pero entre ellos surge una violenta diferencia: no están de acuerdo respecto al modo de coronar la Torre; mientras Gea defiende la colocación de un girabillo, López aboga por una aguja a la romana. Entonces, el Cabildo pide dictamen a la Real Academia de San Fernando, y Ventura Rodríguez impone la inesperada solución neoclásica de la bóveda, rematando en una linterna. Desde los cimientos a la cúspide, la Torre es una sucesión de estilos y pareceres diversos. Como cuando considerábamos la gran diversidad de las partes de España, podríamos preguntar también ahora, negando ya con la pregunta: ¿Dónde está aquí la unidad?

Tampoco necesito esforzarme en demostrarla. La unidad está ahí. Los historiadores de arte ponderan la Torre como una ga-

